La doble faz del Papa Wojtyla

E. MIRET MAGDALENA

HE dicho y repetido hasta la saciedad una cosa elemental, pero de grandes consecuencias en la Iglesia católica: el Papa es un polaco cien por cien, embebido en la cultura, problemática y carácter de su país.

Por tanto, no podemos esperar —ni para bien ni para mal— las mismas reacciones, ni las mismas enseñanzas y decisiones, que desearíamos nosotros desde nuestro punto de vista occidental-progresista. En algunas cosas —la colegialidad de los obispos, la crítica social de Occidente, el sentido personal y humano en su comunicación con los demás— hemos de coincidir plenamente con él. Pero no por eso podemos clasificarle como un progresista a nuestro estilo, ni por el contrario como un conservador a ultranza al fijarnos sólo en otras facetas de su actuación.

*Eso se demuestra con su reciente "**Carta a los sacerdotes**". Documento que debe ser interpretado desde el prisma que he indicado antes: el de su particular manera de ser, propia de la tradición religiosa polaca, y del entorno social-religioso en el cual ha vivido hasta ahora.*

El clero, en un país invadido por un clima oficial de ateísmo, y siendo tradicionalmente todo clérigo una personalidad popular en el ejercicio de su labor como sacerdote, ha de marcar necesariamente la mentalidad del Papa Juan Pablo II al hablar del sacerdocio católico.

Y nosotros debemos esforzarnos por no caer ni en el papanatismo de una beata aceptación de estas enseñanzas pontificias teñidas de parcialidad humana, ni tampoco despreciarlas olímpicamente como si de nada valieran. No, nuestra postura debe ser más inteligente. Hemos de hacer un esfuerzo por mirar las cosas desde la perspectiva particular del Papa, y sacar de sus palabras algún mensaje útil.

Su "Carta..." tiene muy poco de un documento solemne, su estilo es muy personal porque parte no de grandes principios abstractos, sino de un hecho muy concreto, que confiesa con claridad: el de su "experiencia personal".

Estamos ante un documento-testimonio, más que ante un documento doctrinal o disciplinar. Por eso acepta, con gran ingenuidad, los conceptos que aprendió en los manuales conservadores que le sirvieron de estudio en el seminario, y no hace ningún esfuerzo por ir más adelante. Pero hay que señalar también que tampoco pone un énfasis doctrinal especialmente solemne en estas enseñanzas de otros tiempos. Por eso habla de la diferencia esencial entre el sacerdocio jerárquico y la labor espiritual de los fieles seglares, de la singularidad de la vocación sacerdotal, y de tantos otros lugares comunes que aprendimos en España en la época del nacional-catolicismo, pero que hoy los especialistas católicos exponen bajo otro prisma muy diferente.

*En cuanto al **celibato** eclesiástico pasa por alto —sin más dramatismo ni concreción— las opiniones de muchos obispos de Latinoamérica y aun de Europa (ahí está el obispo Monseñor Riobé), que propugnan el que se ordenen como sacerdotes a hombres casados, ante el panorama preocupante del descenso en progresión geométrica de vocaciones al clero. En Francia, por ejemplo, se prevé que en treinta años el número de sacerdotes habrá bajado a la mitad (de 41.000 a 20.000). Y lo más grave es que la mitad de ellos tendrán más de sesenta y cinco años.*

*Es natural que un Papa que vive en un contexto donde las vocaciones van **in crescendo**, y que tiene un exceso de clero, con una misión de lucha y un ambiente de franca acogida popular, no pueda percatarse vitalmente del problema que vive el episcopado de muchos países. Cuando además la psicología ha descubierto claramente los fallos de una falta de desarrollo afectivo o de estabilidad psicológica, frecuente en la mayoría de estos célibes que son conscientes de su carencia y no pueden resolverla porque existe una ley eclesiástica que les impide la constitución de un hogar, necesario para vencer su soledad en un mundo tan incomunicado como el nuestro, y donde la sociedad secular le olvida, le ignora o le repele.*

Y, sin embargo, a mí no me parece mal —si se supera la postura de un "no" rotundo al matrimonio clerical— que se recuerden los factores que pueden ser también positivos en un celibato libremente elegido (y no como fue y es en la mayoría de los clérigos), teniendo un ideal psicológicamente excluyente de otras actividades por su fuerte dedicación al mismo con una fuerte convicción personal.

Por otro lado, es cierto que el sacerdote tiene una múltiple y variada misión en contacto con el mundo, que cada uno debe concretar según sus especiales anhelos y cualidades, incidiendo en los más diversos campos "de la vida humana, de los procesos sociales, de las tradiciones históricas y del patrimonio de las diversas culturas y civilizaciones". Debe también "acompañar el desarrollo de la vida social y cultural"; pero el Papa recuerda, con frase anticuada en el estilo pero con sentido realista, que "hay que estar cerca de todos, pero como sacerdotes siempre dentro de una perspectiva que sea la de la salvación eterna".

*Los hombres de hoy necesitamos, dentro del automatismo, transformación y deshumanización de nuestra civilización, un "**suplemento de alma**", y si el sacerdote no sabe proporcionárnoslo, porque está igualmente absorbido como nosotros por la vida occidental actual, podemos preguntarnos para qué los queremos. En realidad será un estorbo tal sacerdote, por muy metido que esté en la cotidianeidad, si no sabe elevarme eficazmente sobre el prosaísmo que nos invade, dando un testimonio de superación de la superficialidad absorbente que nos envuelve.*

Y respecto a su tono final mariano (su apelación, como siempre hace en todos sus escritos y discursos, a la Madre de Jesús) no tiene nada de particular, por más que a muchos nos produzca una evidente repulsa su tono pío. Nos pasa igual que le ocurría en el siglo pasado al gran hombre religioso y gran católico que fue el cardenal Newman, ante el modo sensiblero italianizante de tratar en los libros católicos a este gran personaje bíblico que es María. Y ahora nos pasa a muchos lo mismo con el modo de terminar sus discursos este Papa polaco.